

de piedad! Perdónenos el lector estas serias reflexiones, y volvamos á seguir el hilo interrumpido de nuestra narracion.

## CAPITULO CXXVI.

Viaje de Stuttgart á Baden Baden; gusto con que lo emprendimos; aspecto del camino; comodidad y confort de los trenes de los caminos de fierro en Alemania; cómo lo pasamos. Nuestra llegada.—Cuadro que presenta su poblacion en el verano, durante la estacion de los baños, y los goces que allí se tienen.

Serian las doce del dia cuando abandonamos á Stuttgart ávidas de conocer nuevos países y llegar pronto á una nueva capital.

Dirigiámonos á Baden Baden, ciudad notable del gran ducado de su nombre y residencia de placer en el verano por sus célebres y conocidas aguas; estaban los baños en esa época en todo su furor; así es que Baden Baden era entonces un foco de vida, de animacion y de placer: como fácilmente comprenderá el lector, nuestro deseo por llegar era vehemente, y el camino se nos hacia largo y enfadoso.



Mientras la luz nos lo permitió, nuestros ojos se fijaron en el campo, que risueño ante nosotras ostentaba sus galas y atractivos: la ruta que seguíamos era poética y variada, nuestros ojos se detenían con avidez en los diversos panoramas que se iban desplegando sucesivamente; las sombras de la noche nos sorprendieron en nuestra contemplación, y entonces nos apartamos de los cristales y penetramos en el interior del wagon: como el apartamento que habíamos tomado solo lo ocupaba solo la familia, podíamos obrar con toda libertad.

Los trenes de Alemania son muy cómodos para viajar, y de noche sobre todo sientese en ellas un *confort* extraordinario; la dulce luz de la lámpara que brilla en el techo velada con la verde cortina de tafetan, presta una téaue claridad; los mullidos y cómodos almohadones de los sofases, sus blandos asientos, todo nos convidaba al sueño y al reposo, dejándonos llevar de estos naturales impulsos, nos reclinamos en los almohadones del diván y pronto todos en el wagon dormíamos cómodamente; de cuando en cuando abrimos los ojos al ruido de las estaciones y al escuchar las voces de los alemanes que ó bien pronunciaban el nombre de las poblaciones del tránsito, ó se asomaban á la portezuela del wagon para pedir los boletos y recortarlos, á todo

este movimiento nos incorporábamos, veíamos á nuestro alrededor las estaciones bien iluminadas, el movimiento de los pasajeros y la animación que aun en aquella hora reinaba. Mas apenas el tren comenzaba á moverse, solo tinieblas nos rodeaban por doquier, y entonces como era natural, tornábamos á nuestro letargo; en estas alternativas pasáronse las horas hasta que al fin nos detuvimos ante Baden; nuestro corazón palpitó de contento; estaban realizados nuestros deseos, nos encontrábamos ya en la célebre ciudad de las aguas y de los baños.

Baden es durante el verano la residencia mas bella y deliciosa; puede decirse que es la favorita de la sociedad, pues á ella vemos acudir personas de todos los puntos de Europa que van allí á pasar un verano lleno de encanto y de delicias; la temporada de los baños es en Baden, una serie no interrumpida de diversiones y de placeres; mañana y tarde y noche reina una perpétua alegría; allí se goza con esa dulce libertad que presta el campo, olvídense por decirlo así, la severa etiqueta de la corte y el desmedido lujo de las capitales; reina en todos la mas elegante sencillez; el carácter de las personas es mas expansivo, las amistades mas sinceras, y como todos los que van á la temporada es con el ánimo de gozar de divertisse, leese el contento en todos los semblantes, y el placer impera en todos los corazones.



nes; en la mañana reúnen todas las amigas y en alegres grupos se dirigen á los baños, luego á tomar las aguas á la hermosa Trinkalle, y en seguida á pasear por los deliciosos contornos al dulce abrigo de la Selva Negra; tanto en los baños como en la Trinkalle hay perpetuamente una magnífica orquesta; en los hoteles y en los restaurants, sírvense buenas comidas. En la tarde por lo regular diríjese uno á las casas de juego donde se pasan sin sentir las horas, y en la noche hay bailes, teatros, conciertos y paseos.

Nosotras ya sabíamos todo esto; habíamos oído hablar mucho de lo delicioso de la vida en Baden durante el verano, y como comprenderá el lector fácilmente, era nuestro placer inmenso al hallarnos en esta poética ciudad del gran Ducado, y al ir á gozar personalmente de lo que tanto habíamos oído ponderar. Vamos ahora á hablar de lo que mas nos impresionó, y á recorrerlo todo con el lector, visitando también sus deliciosos contornos.

## CAPITULO CXXVII.

Situación de Baden; alternativas por las que ha pasado según varios datos históricos; su población ordinaria, y aumento que tiene en la estación de baños; número de sus casas, plazas, calles y hoteles; lo demás que en ella existe y tanto contribuye á la comodidad y goce.—Establecimientos de enseñanza y beneficencia.—Oficinas públicas. Cómo está dividida la ciudad, y lo que hicimos para ver lo más notable en ella.—El castillo nuevo, y lo que en él nos llamó la atención.—Los subterráneos y hechos acaecidos en ellos.—Se refiere una de las leyendas que sobre esto existen.

La ciudad de Baden se halla situada entre los 25° 55 minutos 10 segundos de latitud O. y los 48 grados, 45 minutos 10 segundos de latitud N., á 610 piés sobre el nivel del mar en el encantador valle del bosque Negro perteneciente al círculo Rhin mediano.

Parte de la ciudad, está sobre la pendiente de



una montaña y parte sobre esta misma, y sobre el Ossbach que se arroja en el Mourg cerca de Rastatt. Encuéntrase rodeada de colinas y de montañas de manera que tiene un aspecto encantador: Baden Baden era conocida ya bajo el reinado del Emperador Trajano: Adriano y Antonino establecieron en él los baños, y en tiempo del Emperador Caracalla, fué nombrada: *Civitas Aurelia aquensis*.

Destruida cuando la conquista de los alemanes se levantó bajo los reyes francos, y adquirió pronto un nuevo esplendor.

En 712 fué dada auténticamente por el rey Dagobert III al convento de Wissembourg de donde pasó á los condes de Calw, y de las manos de estos últimos, á las de Herman. Por consecuencia del matrimonio de Hermann I conde de Büsgav y *Malgrave* de Verona; su hijo que se nombraba Hermann II de Baden, estableció allí su residencia habitando el antiguo castillo.

El malgrave Cristóbal construyó el nuevo castillo, y vino á habitarlo en 1479.

Desde esta época, data la reputación de sus aguas.

Hacia la mitad del siglo XVII tuvo mucho que sufrir por la guerra; fué saqueada en 1642 y reducida completamente á cenizas por los franceses. No se repuso sino con mucho trabajo de estos desastres.

La malgrave Sibylla-Augusta, reconstruyó el nuevo castillo tal como hoy se encuentra; pero su esposo el malgrave Luis, vencedor de los turcos, trasladó en 1706 su residencia á Rastatt, en el nuevo castillo que allí habia hecho construir.

A fines del siglo XVIII, Badem prosperó de nuevo bajo el reinado de Carlos Federico; el número de los extranjeros creció de año en año; se construyeron entonces baños y magníficos hoteles; se establecieron paseos y se criaron establecimientos de todos géneros, para el uso y el placer de los que á ella concurrían.

Las murallas y puertas de la antigua ciudad fueron demolidas, los fosos llenados para hacer lugar á hermosos barrios, y en fin, bajo el próspero reino del Gran Duque Leopoldo Badem, se elevó al grado de esplendor y de celebridad que hasta hoy goza muy justamente.

Cuando estuvimos allí, tenia la ciudad 7,733 habitantes fuera de los muchos extranjeros que aumentan este número en tiempo de los baños en que media Alemania y multitud de personas de otras partes de Europa van allí á establecerse; cuenta 650 casas: tres plazas públicas, 37 calles, y numerosos hoteles.

En el que nosotras posamos, fué el Hotel Victoria, perfectamente situado y muy bien asistido.

Hay además muchos cafés, restaurants, librerías,



litografías, almacenes de pinturas, dos boticas de la corte, 13 médicos, varios hospitales y establecimientos de beneficencia; una escuela superior, una industrial, un convento de religiosas que sirve de educación para las señoritas y otros establecimientos también de educación: además, Baden tiene una Bailia, un despacho de revisión, y de postas, un camino de fierro y telégrafo eléctrico, una intendencia de propiedades ó dominios, un inspector de la administración de los bosques, una parroquia católica, y un templo protestante.

Badem se divide en dos partes muy distintas, la ciudad antigua sobre la altura, y la ciudad nueva abajo de la Colina; con sus hermosos hoteles, y sus grandiosas casas. La parte antigua ha conservado varios monumentos de tiempos bien remotos, como el Baño Romano que es un fragmento poco considerable de las *thermas*, construido por Caracalla, y el manantial, ántes protegido por un claustro de marmol del que apenas quedan algunos vestigios.

El mismo día que llegamos, nuestro muy querido papá se dirigió á la librería á comprar una guía que es lo primero que debe hacer todo viajero al llegar á una población; consultando y siguiendo sus instrucciones, puede uno estar seguro de ver y recorrer lo mejor y mas notable que ella contenga, mandamos en seguida traer dos

carruajes, y papá dió órden, siguiendo la instrucción de la guía, de que fuéramos conducidos al castillo nuevo, ó por otro nombre, el castillo Gran Ducal, el cual se halla situado sobre la cima de la colina, en que está construida la ciudad.

El gran duque Leopoldo, que lo adquirió en 1843 de la grau duquesa Estefanía, en cambio de su palacio situado serca de Ossbach; lo hizo restaurar por Fischer y decorar en el interior con una magnificencia asombrosa. Llama la atención el comedor en el piso bajo por su extensión y por su precioso conjunto; y los dos salones adornados con los retratos en tamaño natural y de pié, de los antecesores de la casa de Badem.

Los apartamentos del gran duque amueblados con sencilla y bella elegancia al mismo tiempo, fijan también de un modo particular la atención del viajero; pero lo que sin disputa tiene de mas curioso y digno de visitarse este castillo son los subterráneos oscuros y sombríos, en los cuales refiérense haber tenido lugar misteriosos hechos, cuya relación queremos dar á conocer íntegra al lector, porque estas leyendas de Baden no pueden menos que interesarle y hacerles pasar un rato agradable por lo fantástico de ellas.

Vamos pues, á referir fielmente la historia tradicional de esos hechos. Este castillo ántes de su destrucción, fué abandonado por los que lo ha-



bitaban que huían aterrorizados y despavoridos á causa de los fantasmas, á los cuales, servían de morada sus subterráneos; nadie osaba ya entrar en este vasto desierto, y los que se aventuraban á pasar cerca de él, ya fuera en el día ó bien en la noche, oían unos ruidos semejantes á los que dejan percibir las orgías ardientes, veían cerca de los muros figuras siniestras, y entónces llenos de terror los curiosos, tomaban la fuga, contentos de que el miedo no les permitiese abrigar por mas tiempo sus atrevidos proyectos.

Hace casi tres siglos que Cur de Stein, jóven extranjero en aquellas comarcas; se perdió en el bosque y percibió al fin, las ventanas del nuevo castillo espléndidamente iluminadas. Feliz de haber encontrado un asilo redobló su carrera y cuando hubo llegado, ató su caballo al ángulo de una puerta y subió sin el menor recelo las escaleras del Palacio.

El mas completo silencio reinaba en el castillo y nadie habia aparecido para salirle al encuentro. Al entrar en la sala vió una hermosa pero pálida jóven apoyando en una mano su cabeza inmóvil y no fijando en nada su triste mirada. La saludó cortesmente el extranjero excusándose de haber penetrado sin que nadie lo hubiera anunciado, y le preguntó si no podria ella proporcionarle algo conque satisfacer su hambre.

La jóven entónces se levantó, y sin proferir una sola palabra le sirvió algunos platos con buenos pasteles y vino, y le indicó por señas que tomase asiento; Cur de Stein no pudo menos que obedecer; pero habiéndosele calentado con el vino el corazon [ó la cabeza] preguntó á la bella silenciosa, si era ella la hija del Señor de aquel castillo.

Respondióle la jóven por una señal afirmativa y Cur de Stein replicó sorprendido de aquel silencio os veo sola ¿donde está pues, vuestra familia? La jóven misteriosa le señaló todos los retratos suspendidos en los muros de la sala y dijo con una voz apenas perceptible: "Yo soy el último bástago de mi raza."

El caballero se sentia con mas ánimo á medida que mas vino tomaba, y le ocurrió la idea de que no seria un mal negocio si él, pobre aventurero, podia obtener la mano de la rica y hermosa heredera del castillo, y aunque las maneras de la jóven le parecieron un poco extrañas, no exitó mucho en ofrecerle su corazon.

El rostro de la heredera de Lauf brilló entónces de placer, sacó de un antiguo cofre dos varitas y una corona de romero seco largo tiempo, hacia puso ésta sobre sus hermosos y rubios bucles é hizo una señal al caballero para que la siguiera. Delante de la puerta dos ancianos, con la barba



gris y en traje antiguo, se pusieron al lado de los novios, y se dirigieron de esta manera á la capilla.

A pesar de los vapores del vino, el aventurero emprendedor no pudo menos de temblar al ver que la jóven dió tres golpes sobre una urna funeraria que representaba un sacerdote revestido con sus ornamentos: la figura de piedra se levantó y comenzó á subir las gradas del altar.

Los ojos del sacerdote brillaban como ascuas de fuego, los cirios se encendieron como por magia, el órgano se hizo oír y la campana comenzó á hacer escuchar también su sonido en lo alto de la torre.

Estos ruidos inusitados hicieron temer á los pájaros nocturnos, que abandonando sus nidos comenzaron á lanzar gritos y á volar horrorizados alrededor de los muros.

El sacerdote de piedra descendió del altar, y dijo con una voz sepulcral al jóven desposado:

—Muy honrado prometido; ¿consientes en tomar por esposa á la noble señorita Elisabeta de Windec aquí presente?

En este momento un frío glacial recorrió los miembros del caballero, y lleno de temor, sin contestar á esta pregunta tomó la fuga saliendo de la capilla.

Un grito sordo hirió su oído; parecióle ver-

salir de las tumbas los esqueletos de los muertos, mientras que un violento golpe de viento extinguió las velas de cera. En ese instante se oyó el canto del gallo y pronto todos los fantasmas desaparecieron.

Cuando Curt de Stein despertó de su sueño, el sol estaba ya en la mitad del cielo, su caballo se encontraba á su lado y él se haaba recostado en las espesas malezas del patio del castillo.

Aterrorizado el jóven con el recuerdo de lo pasado, decía al volver á montar en su caballo:

—Si hubiera yo escuchado al posadero de Lauf y bebido en su casa su buen vino, seguramente no habria venido á este maldito castillo, donde los fantasmas me han atormentado hasta el punto de hacerme perder todo mi valor.

Hé aquí la primera de las leyendas que entretienen á los que visitan estos sitios, y que no carecen de interés y de originalidad.